

LA PIEDRA DEL CAMINO

El novelista grancañario Víctor Ramírez ha añadido recientemente un nuevo título a su obra publicada: "La piedra del camino", denominación que rememora a una conocida canción mejicana, música que tanto gusta a su autor. Desde "Cada cual arrastra su sombra", que fue su primer libro, Víctor Ramírez ha sacado a la luz varios relatos con una temática y unos planteamientos imbricados en el alma y en los problemas de las gentes de su tierra, de nuestra tierra. "La piedra del camino" responde igualmente a esta línea de autenticidad en la creación literaria. El poeta y ensayista Angel Sánchez ha visto así esta nueva salida de Víctor Ramírez.

La historia que van a leer —después de estas líneas arrancadas por el ancho aprecio que tengo a la persona y al escritor— merece ser real. Tal es la vitalidad que ha puesto Víctor Ramírez en hacérsola verosímil.

Uno de nuestros narradores más persistentes en publicar por libre, cabalga ahora hacia su ideal: ser cronista del desmoronamiento moral de sus paisanos. La anécdota argumentada no tendría más sentido que su inversión en términos reales. Si la irracionalidad campea diariamente en cualquier autopista (antes se decía "en cualquier esquina"), vayamos al término real, puesto que lo irracional da el mayor grado de realidad.

Esta es una de esas historias que, decimos, sólo pasan aquí entre nosotros. Pero aquí es cualquier lugar desbocado al subdesarrollo ético y nosotros somos los humanos de finales del siglo atómico. Nace así la historia de la colisión entre dos esferas vivientes como son la vida real (vasalla del realismo) y la estructura irreal del Poder (cualquiera que sea éste). Es, como se verá, una colisión de efecto multiplicador. De un interior proletario y suburbial descendemos a la legalidad perturbadora del exterior, a un incidente de tráfico que va a provocar el accidente moral, con las lecciones previstas ya por el rodaje. Puede llegarse a simplificaciones tales como "la casa es segura y la calle imprevisible", "la familia es la paz y el infierno son los demás" —como dijo el filósofo—. Pero es que el incidente no es sólo esa historia familiar encantadora, diminutiva y escatológica, donde Víctor Ramírez se recrea con coloquialismos agridulces de la pareja de barrio; sino también una historia viaria y judicial que se encarna redondamente en ti y en mí.

Transfusionable es esta historia de donante universal, ¡que ya es suerte!. Transfusionable por estar hecha de sangre, y no es por amenazar, sino por mera precaución. ("—¿Tienes miedo...?"— dice un dialogante isleño. "—No, un poquito de respeto..."— contesta el otro). Con estas premisas no podría alertar al lector a dejar de confundirse con el hom-

bre joven del relato, porque ya éste se apodera del lector buscando su identificación en él, que ya conoce o ha oído casos de esos, sucedidos más o menos semejantes.

Nada impersonal es esta historia. Hay aquí unas páginas para alertar nuestras mentes, absorbidas por las quinientas, las deducciones en nóminas y el nacional-paludismo ambiental. Para advertirnos que detrás de la rutina diaria existe siempre el cohecho, la represión y las conductas insociables reversibles; que siguen vivos aquellos que recitan no ya "muera la inteligencia", sino "muera la dignidad personal".

La narrativa a la que Víctor Ramírez nos tenía acostumbrados, en casi veinte relatos que publica a lo largo de los años '70, formulaba una realidad ambiental transfigurada por la magia estilística, por la figuración criolla del escenario, sin dejar de excavar en el alma isleña. Ordenada según el mismo desorden, nunca ha sido una narrativa extemporánea, sino temporera, con precisión de zafra mala. Ramírez cosecha lo que da el país, teclea enfebrecido las noches de su pluriempleo crónico, y da tinta al tiempo.

Con el presente relato —esta historia simple y tensa que es "La piedra del camino"— los tiempos se apresuran.

Existe una urgencia testimonial con irradiación intencional. El tiempo devora las buenas intenciones impresas, pero el mundo de Ramírez persiste: la intimidad avasallada por la sinrazón del más-que-manda. Ya lo dice ese refrán tan movilizado en el habla de las islas para poner remedio a la inconsecuencia jerárquica: "Donde manda patrón no manda marinero". El refrán, costero y sumiso, en boca de nuestro ser sumiso y consumido de tanto costear la irrealidad vigente, parece decir tanto como un volumen entero que se escriba sobre la caracteriología isleña. Caliban, aquel otro increíble insular shakesperiano era hijo de una bruja. Nosotros siempre daremos la cara por ser hijos de la Conquista. O de la intimidad de toda intimidad.

Citar un viejo refrán de la emblemática jerárquica es un modo de insistir aquí, diciendo que la elección que hemos hecho los canarios del refranero castellano —de mayor frecuencia popular— es un indicativo socio-lingüístico asegurado cuando queramos catar más hondo en la antología del país. Piénsese si no en el refrán como prisma tan eficaz de coartada oral en tantos fracasos vitales. Víctor Ramírez se agarra, como a una razón ardiente, a aquel otro que asegura: "El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra".

Esta piedra está en los caminos del Archipiélago, en las autopistas, en los pasillos secretos del desprecio etnocentrista. Es tan "petra canariensis" como el hermoso "pinus canariensis" de nuestras cumbres. La razón popular añade: "Bicho malo nunca muere", como variante de la "hierba mala" continental.

Son ya muchas las piedras que hemos encontrado en la historia diaria de los cinco siglos conmemorados, y se han ido sorteando literariamente entre el aislamiento amaguado y la vocación cosmopolita, esa especie lanzada al vuelo que proclama nuestro universalismo. Ramírez parece querer huir de la literatura escapista y contarnos un sucedido con



la técnica del magnetófono portátil, al modo en que cualquier paisano lo haría detrás del mostrador de un bochinchillo risquero. Huir de la literatura le será imposible, porque no es ya en él la mentira estilista, sino que en su máquina de escribir es toda una práctica salvaje del activismo literario, tan propio de la Tendenzdichtung⁽¹⁾ suya de toda una década. Le será difícil huir de la creación tendenciosa, en cuanto es tendencioso atestiguar creativamente los tiempos que vivimos, margullando entre líneas en cualquier página de sucesos.

Para el caso, ésta es una historia anti-periodística. Contra la información sintética e inodora de la página de sucesos, V.R. se aleja de la cortina de humo del fait divers y desguaza la realidad en dos componentes sustantivos: el hogar y el desprecio. Es la creación contra la información encubridora de mística llamada la violencia institucionalizada. Aquí está la médula de la página de sucesos, violencia pura... Se acerca al suceso, noción canaria que quiere significar el discurso oral alimentado con viveza gestual, detalles subjetivos y la latencia vocal del narrador.

En este sentido, V.R., activista vocal en causas previamente perdidas, está cada vez más cerca de la tradición oral —origen de la literatura popular—, en su afán de transportar lo verosímil diario al teclado de las linotipias. Así tendrá por fuerza que conducirse por las letras con imagen del escritor del pueblo que aspira a ser, sensu stricto, un autor popular.

Ahí va pues el disparo lineal que deja tenso el arco después de la parábola lingüística. Tenso y agraviado por el polvo inclemente del camino. Por eso, el cuento que nos hace Víctor Ramírez es la piedra que puede volverse arrojada hacia el pasado presente en las calles laguneras de la década escrita, tal vez para no tropezar con ella por enésima vez en la enésima potencia del derrumbe canario.

Y de la verdad demostrada suele decir el isleño: "¡Parece mentira!".

Víctor Ramírez añadiría como uno de los tortuosos inventos risqueros en boca de Caliban: "¡Son verdades, mentiroso...!".

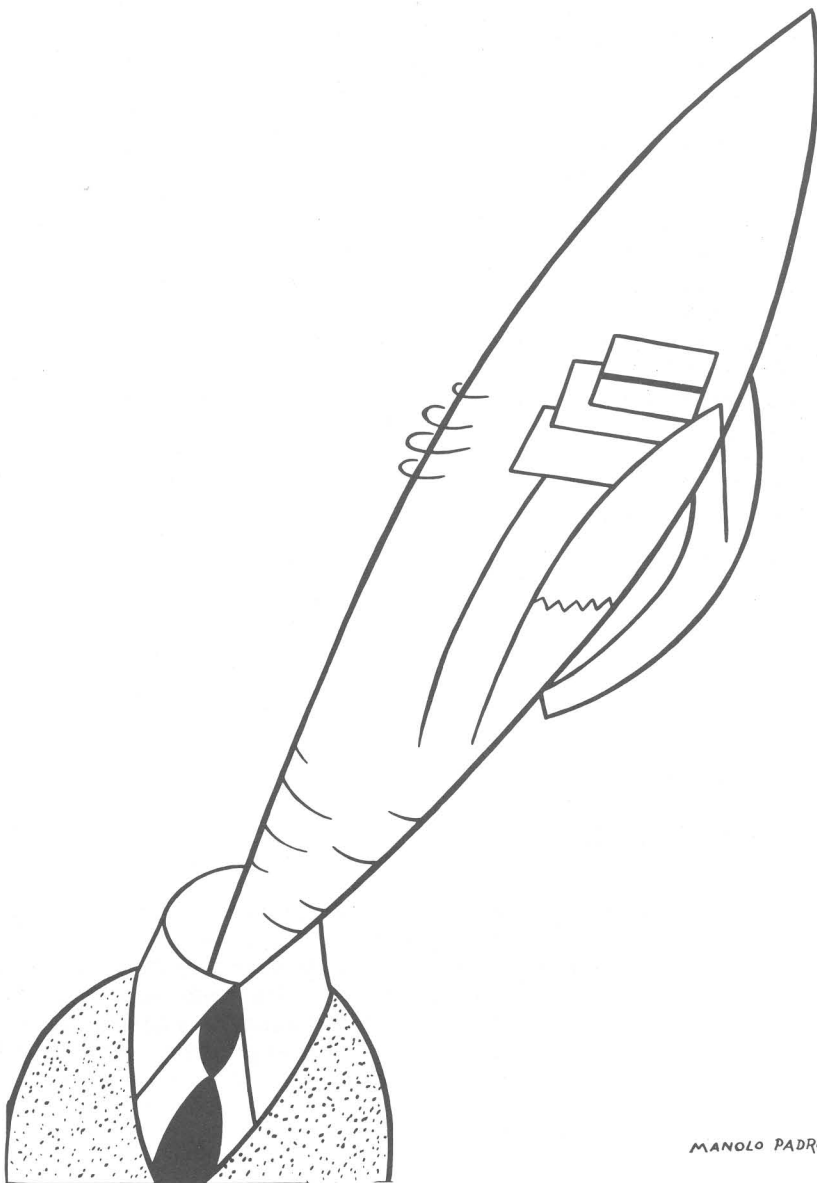
Apoyado en la ética de dos poetas canariones gigantes, y de otro paisano mexicano, aquel que inventó la canción origen de todo lo aquí legible, a fuerza de resultar incomprensible.

ANGEL SANCHEZ
Las Palmas, abril 80

¹⁾ Concepto que designa, en la ciencia literaria alemana, a toda creación que quiere algo, que sostiene determinadas opiniones, no contentándose con el esteticismo del "arte por el arte", sino queriendo conseguir un propósito que abarque la Idea y la Tendencia del autor.

Personas

vistas por Padrón Noble



Antonio Izquierdo

Antonio Izquierdo Baños, fallecido no hace mucho tiempo, fue un gran enamorado del Teatro y un gran impulsor del arte de Talla en Las Palmas de Gran Canaria. Comerciante en el barrio de Vegueta en esta ciudad, en las cercanías del Teatro Pérez Galdós y del desaparecido Café Polo, sus entusiasmos se centraron en las actividades del primer coliseo grancanario, desde la ópera hasta la comedia. Fue miembro activo del grupo Neo-Tea, que apoyó durante años las manifestaciones en este género. Hoy su figura queda como un recuerdo de la tradición teatral y musical de esta ciudad.